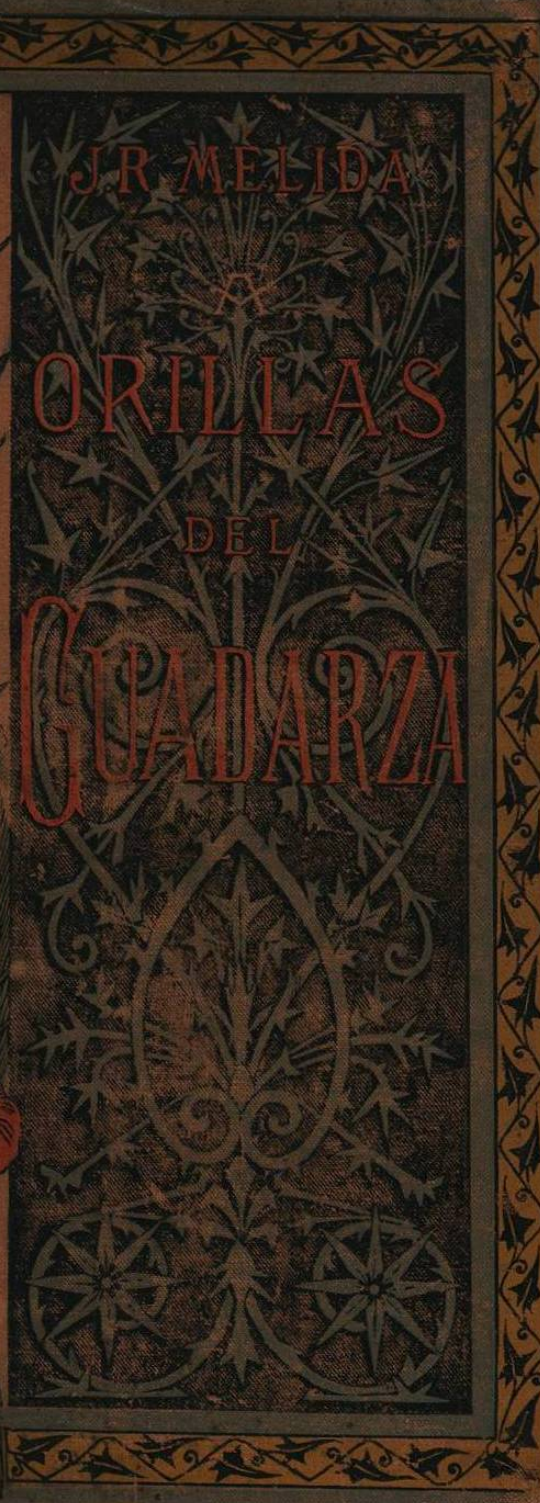


J. R. MELIDA  
ORILLAS  
DEL  
GUADARZA

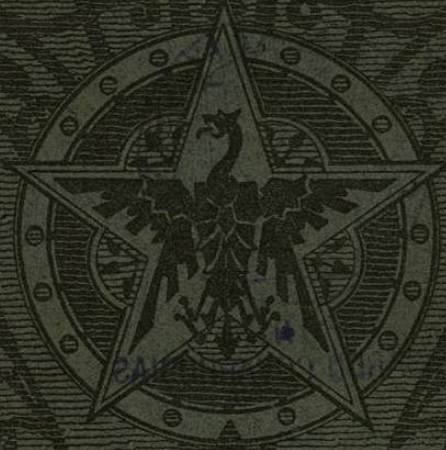


WALKER  
A BRILLIANT  
COMEDY

PQ6623  
.E61  
A6



1020027854





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

\$2.00

Á ORILLAS DEL GUADARZA

J. RAMÓN MÉLIDA

Á

ORILLAS DEL GUADARZA

IDILIOS SONADOS

LAS ALAS ROTAS — UNA NOCHE EN POMPEYA

ILUSTRACIÓN DE

ARTURO MÉLIDA

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.<sup>a</sup> Calle de Dallars (Salón de S. Juan)

1887

31411

099789

ES PROPIEDAD

860  
M.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

PQ6623  
E61  
A6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.



# DEDICATORIA

A MI QUERIDÍSIMO AMIGO

ANTONIO AGUILAR Y CUADRADO

Por qué en la zahurda de locos que yo llevo en la cabeza nació el idilio de Manuelilla y Faquimo, cuando mis manos pecadoras, haciéndose señoras de industria, estaban fabricando *Diamantes Americanos*? ¿Qué encanto hallé en esos rústicos, para hacerme abandonar el idilio de Angelita y Julio, idilio cortesano y aristocrático por añadidura, entre personajes de tono y de buen gusto, rodeado de perfumes, de galas, de trenes lujosos y de caprichos mundanos, y transportarme a orillas del Guadarza, en medio de la extensa campiña donde no se halla sombra para una triste hormiga, siéndole lícito al sol casi morisco tostar el rostro y derretir la sesera como manteca en sartén: donde no se ve sino gente zafia, inculta, mal vestida y que ni hablar bien sabe: donde huele a establo y a pocilga, las viviendas son incómodas y feas, y las costumbres demasiado sencillas?—No lo sé, querido Antonio. ¿Quién sabe por qué sugerencias misterio-

sas la inquieta y voladora imaginación arrastra al alma, á veces, por derroteros extraños y desconocidos, en pos de un algo no definido, algo que se siente y no se razona; cuyo algo es, en suma, lo bueno y lo bello, que unidos en un todo consustancial y tangible busca sin cesar el hombre como complemento necesario para su felicidad?—Porque buscar eso es el fin del arte.—Quizá desengañado de no encontrar en la corte más que *Diamantes Americanos*, quise ver si los hallaba finos, aunque en bruto, á orillas del *Guadarza*.

Y no salió fallida mi empresa, por cierto; ni tengo motivos para arrepentirme de mi brusca desaparición de los salones de la corte, á donde volví después con mejor suerte. Aunque tales motivos no tuviera para alegrarme de haber narrado la historia de Manuelilla y Faquimo, hay una cosa, que sólo ella me haría dar por bien empleado el tiempo que invertí en escribir este libro: tu amistad, querido Antonio.—No sé por qué, te cayeron en gracia esos lugareños desde que los conociste; y con paciencia digna de Jób y de todos sus émulos hasta el presente, viniste repetidas veces á orillas del famoso río para escuchar de mis labios esta historia. Cuando comencé á narrártela éramos el uno para el otro personas casi, casi, de cumplido: al terminar, éramos dos inseparables que se habían apeado el tratamiento. Bien hayan los rústicos enamorados, y todos los villembrineses, que por medio de conjuros de saludador ó hechicerías de brujas nos encerraron en el encantamiento de la amistad, ramo de chifladura cultivado en estos tiempos con muy poca fe y menos constancia, por lo cual creo que nosotros somos un caso modelo.

Y no sabiendo yo cómo pagarte la devoción que desde un principio mostraste por los villembrineses, ahí te los envió, vestidos de día de fiesta, regocijados y ansiosos de saludarte. Ahí tienes á la inocente Manuelilla, sentada, como una sultana, sobre los lomos de la borrica *Luceña* trayéndote un manojito de tomillo silvestre del que se cria en casa de su tío; ahí tienes al bueno de Faquimo poniendo en tortura su aguzado ingenio para inventarte alguna coplica como él suele echarlas; ahí están también el bondadoso y orondo don Ezequiel, el encopetado y ceremonioso don Lucas Igualada, su hijo, el enfatuado abogadillo y hasta el tacaño señor Homo-

bono. No vienen lejos la tía Victoria, su hermana la tía Antonia y el honradote señor Gaspar, todos tres cargados con cestas que ya me dan en la nariz con el tufillo de los quesos, que de fijo vendrán acompañados de tiernas gallinas, exquisitas rosquillas vestidas de blanco como novias ante el altar, confituras y Dios sabe si dorados racimos de la última vendimia, de todo lo cual piensan hacer ofrenda á tu ilustrísimo estómago; y sin duda para que nada descienda á él en frío, te trae el truhán de Membrillo, secretario del Ayuntamiento de Villembrines, aquel frasco de aguardiente con que él viaja por los *desiertos de Castilla*, néctar que estima como el más revolucionario y levantador de cascotes que se conoce. Por si gustas de consejas, ahí viene el sacristán, decidido á escopearte la estupenda historia del *Moro Faquimo*; por si quieres oraciones y escapularios, ahí está el ermitaño que cuida la Virgencica de Abroca; y en fin por si te crees *aojado* y pretendes que te saquen los demonios del cuerpo, cerrando la marcha, el último, después de los mozos y las zagalas—entre las cuales quizá halles alguna que te parezca mejor regalo que cuantos se proponen presentarte—ahí se alza empingorotado en una mula tan negra como sus ropas, el grave y medroso *Saludador*.

Harto sé cuán bien los recibirás. Ya me contentaría con que así como tú los has de pasar á tu sala y hacerlos sentar, dejando que te estropeen la alfombra y la cortesana sillería y llevando con laudabilísima tolerancia las torpezas y groserías de esas pobres gentes, los demás lectores los recibiesen, si quiera, si quiera, en la antesala; que mucho me temo no les den (y dispénsame la frase) con la puerta en los hocicos.

¡Ojalá que tú y los lectores halléis en este libro suficiente atractivo para olvidar las penillas de la vida, esparcir el ánimo y recrear los sentidos de la inteligencia! Á este fin, y solamente á éste, caminó mi pluma, aunque por sendas tortuosas y con hartas fatigas y paradas. Ni pretendí copiar el natural estudiándole con pretensiones de maestro, ni consentí á mi pobre imaginación que alzase el vuelo por los espacios de la fantasía. Real, verosímil é ingenuo quise que fuese este idilio; y procuré que el fondo, las figuras, los detalles, todo tuviese carácter, verdad y belleza. Un ensayo fué,

nada más que un ensayo. Pero un ensayo que en el archivo de mi memoria tendrá siempre un valor indiscutible, porque su recuerdo vendrá unido al de aquellas lecturas matinales en el Retiro y vespertinas en casa, las cuales aseguraron más y más el sincero cariño que te profesa

JOSÉ RAMÓN.



I

¡Arre, burra!

**Q**UIÉN te había de decir, amado lector, que cuando menos te lo pensabas, al volver de despachar tus negocios y discurrir por la ciudad, codeándote con las gentes de viso y de suposición, tú que viajarás en reservado para irte á las poblaciones veraniegas de tono, te habías de ver de pronto, al comenzar la lectura de este libro, mal caballero en una burra cansina y cachazuda, sin más guía ni compañero que mi pobre persona, caminando por una polvorienta carretera desnuda de árboles, de monótono paisaje y horizonte dilatadísimo, en que no se ven más que lomas achatadas y apenas si se vislumbra tal cual torrecilla de alguna aldehuela miserable, sin más resguardo sobre nuestras cabezas que la azul y diáfana bóveda del firmamento, y sufriendo el dorado fuego del sol primaveral y africano por extensión y añadidura? Pero ¿qué remedio? Si eres curioso y te importa la comedia humana tal como se representa en la aldea retirada de todo el bullicio del mundo y del torbellino de pasiones que se agita en los